



25N del año 25: Visibilizar la continua vulnerabilidad

El 25N nos interpela. La continuidad de la vulnerabilidad se observa en distintas geografías y economías. En Etiopía, casi 9 de cada 10 (86%) trabajadoras hortícolas reportan acoso sexual en el entorno laboral (Universidad Metropolitana de Manchester). En América Latina y el Caribe, incluyendo México, el 29.8% de las mujeres que alguna vez han tenido pareja han sido abusadas física o sexualmente por esa misma pareja (Banco Interamericano de Desarrollo). Sea en el ámbito público del trabajo, como en la discriminación y el acoso laboral, o en el ámbito doméstico, los riesgos para las mujeres persisten y, con alta frecuencia, incluyen el frente del feminicidio emocional, fenómeno que Ola Violeta visibiliza y combate.

Es el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres. No se trata únicamente de una efeméride para recordar a las Hermanas Mirabal, activistas dominicanas asesinadas por el régimen del dictador Trujillo en 1960, sino un marco para sostener, durante todo el año, acciones coordinadas entre comunidades, gobiernos y organizaciones. En el paraguas de Naciones Unidas, así como de gobiernos y colectivas nacionales y locales, el 25N inaugura, además, 16 días de activismo. Este año, la campaña global está dedicada a acabar con la violencia digital contra todas las mujeres y las niñas (que fue el tema del anterior reporte de nuestra organización), con el lema: “ÚNETE para poner fin a la violencia contra las mujeres y niñas”. **Ola Violeta responde e invita a reaccionar con acciones ante la interpelación del 25N.**

La magnitud del problema obliga a no callar. A escala global, una de cada tres mujeres que ha tenido pareja ha sufrido violencia física o sexual por parte de su pareja (OMS, 2023). La violencia en la pareja es un fenómeno complejo con



agravantes psicológicos, económicos y comunitarios, y representa, además, el 34% de los motivos de asesinatos de mujeres en el mundo (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, 2018). *Desde la experiencia de Ola Violeta*, a estas violencias se suma un frente poco visible que hemos insistido en contrarrestar: el feminicidio emocional, el conjunto de daños psicoafectivos y de control que no siempre deja marcas en la piel, pero corroen la vida cotidiana y la autonomía de las mujeres.

La violencia contra las mujeres atraviesa clases sociales y fronteras nacionales. En países con mayores niveles de desarrollo, la violencia no desaparece: se reconfigura ante tensiones económicas, cambios en el estatus relativo en el hogar y nuevas formas de control digital. Este reporte recorre diversos escenarios —África, el mundo desarrollado y la penalización del éxito femenino desde patrones patriarcales— para mostrar cómo se producen las violencias y qué funciona cuando hablamos de empoderamiento. Todo ello, enlazado con el llamado del 25N, en especial de este año 25, y de los 16 días de activismo para intervenir también en los espacios digitales, donde hoy se reproducen y se amplifican la vigilancia, el acoso y la extorsión contra las mujeres.

Violencia de género en países africanos

En contextos patriarcales atravesados por conflicto, informalidad y dependencia económica, la violencia al interior de una pareja se activa como mecanismo de control. Un estudio en Kivu del Sur, en la República Democrática del Congo, a partir del trabajo de Manuela Angelucci (Universidad de Texas en Austin) y Rachel Heath (Universidad de Washington), introduce una idea clave: la “amenaza al estatus”. Según esa investigación, cuando las mujeres incrementan su poder financiero,



pueden aumentar los “incentivos” de la pareja a ejercer violencia como forma de reafirmar su dominio y apropiarse de las finanzas del hogar. Este hallazgo obliga a diseñar políticas que desactiven la lectura de la autonomía económica como un desafío a la masculinidad y que contribuyan a la generación de pactos de corresponsabilidad. Es decir, hacen falta intervenciones integrales que sepan abordar la violencia machista como un fenómeno sistémico que requiere acciones en múltiples planos.

Una mirada regional confirma la profundidad del foso. Con base en la Encuesta Demográfica y de Salud de 2019 a 2024, un grupo de estudiosos que analizaron el África subsahariana estimó la prevalencia de violencia doméstica en mujeres en edad reproductiva en 38.14%, con pico en Sierra Leona (60.72%) y mínimos relativos en Mauritania (18.7%). Entre los factores asociados en dicha investigación se identificaron la justificación del maltrato a la esposa, haber presenciado violencia del padre hacia la madre, el nivel educativo, la situación laboral, el consumo de tabaco, el estado civil, el miedo a la pareja y los celos cuando la mujer habla con otros hombres. **Es decir, la violencia se aprende, se naturaliza y se reproduce en cadenas de cultura y poder que se sostienen mutuamente.**

Si ampliamos el lente a los entornos laborales rurales, la violencia se revela como un fenómeno sistémico. Una investigación de la Universidad Metropolitana de Manchester, junto con la organización Women Working Worldwide examinó el acoso sexual en la industria de flores y horticultura del África Oriental —Etiopía, Kenia, Tanzania y Uganda—, bajo la definición de la OIT. Los hallazgos son contundentes: el acoso es generalizado; en muchos casos, las trabajadoras carecen del vocabulario para nombrarlo y denunciarlo; y las mujeres eventuales o temporales son las más propensas a ser víctimas. En Etiopía, por ejemplo, un porcentaje significativo (38%) nunca había oído el término “acoso sexual” y lo



reducía a la violación. En Uganda, chistes o tocamientos eran percibidos como “normales”; en Kenia, mayores campañas de sensibilización parecían correlacionarse con mayor conciencia de este tipo de faltas. Donde existían políticas de difusión o de capacitación, las trabajadoras identificaban más conductas de acoso.

Llama la atención un patrón cultural que se repite: algunos líderes sindicales y directivos culpabilizaban a las mujeres por no vestir “recatadamente”, mientras que otros gerentes minimizaban el problema, considerándolo un asunto privado, inevitable y “parte de la vida de toda mujer”. La conclusión es clara: sin nombrar, sin reglas y sin consecuencias, la violencia se vuelve un método de gestión y de disciplina. Este punto dialoga con el 25N y los 16 días de activismo, porque lo que ocurre en el invernadero o en la finca se proyecta también en las redes sociales: los mismos códigos de silenciamiento, culpabilización y vigilancia se multiplican en los espacios digitales. Integrar protocolos de prevención y canales seguros de denuncia en empresas, sindicatos y plataformas debe formar parte del mismo ecosistema de protección.

Violencia y pobreza en el mundo desarrollado

En países con mayores ingresos, la violencia al interior de la pareja no desaparece; cambia de rostro. Una investigación de la Universidad de Queensland, en Australia, publicada en 2020 y centrada en contextos de pobreza, observó que las dificultades económicas objetivas y la escasez crean un entorno relacional que facilita la violencia de pareja para ambos miembros. En ese análisis, los ingresos familiares bajos se asociaron con mayor riesgo de violencia al interior de una pareja en ambos géneros, mientras que el ingreso propio de las mujeres, comparado con



el de su pareja, no mostró relación significativa con un incremento de violencia. Además, se registraron diferencias en los modos de ejercerla: las mujeres tendieron a emplear formas verbales o indirectas, y los hombres, formas más directas y físicas.

Conviene leer este resultado con cuidado. **Proponer una mirada relacional no implica simetría moral ni borra que la violencia al interior de una pareja impacta de manera desproporcionada a mujeres y niñas.** Obliga a diseñar intervenciones de salud pública que aborden contextos de escasez, estrés financiero y conflictos de rol, con el objetivo de desactivar los gatillos que escalan la violencia. En un entorno como el australiano, donde ciertas desigualdades de género son menos acentuadas que en otras regiones, el enfoque relacional permite detectar riesgos sin perder de vista la protección específica de mujeres, niñas y disidencias. De nuevo, el puente con los 16 días de activismo es evidente: en escenarios de precariedad, incluso en países desarrollados, lo digital se convierte en terreno fértil para el chantaje, la extorsión y la persecución en línea. Prevenir las violencias digitales implica también amortiguar las violencias económicas que las alimentan: sin un cambio social integral persistirán los abusos contra las mujeres.

Penalización del éxito femenino

En Suecia, la economista Sanna Bergvall encontró una relación entre el aumento del ingreso relativo de las mujeres y el riesgo de hospitalización por agresión. **En términos llanos: cuando las mujeres ganan tanto o más que sus esposos o compañeros, aumenta la probabilidad de que ellas acudan al hospital por lesiones.** El efecto no es uniforme: es mayor en mujeres con bajo poder de negociación inicial —menor nivel educativo, ingresos bajos, migrantes no nórdicas, recién casadas—



y en parejas en las que la mujer es más joven o menos educada que su esposo. Además, muchas de esas mujeres pertenecen a hogares con ingresos totales bajos y un alto desempleo masculino, lo que limita su poder de negociación efectivo a pesar de su mejor ingreso comparativo.

Leído junto al caso congoleño, el patrón se reconoce: **en relaciones incubadas en un sistema sin igualdad sustantiva, el avance femenino puede vivirse como amenaza al estatus masculino machista.** El éxito queda penalizado cuando desafía normas tradicionales de género o desequilibrios previos de poder y, como habíamos anotado, las intervenciones se realizan de manera no integral, que desatiende la multidimensionalidad del fenómeno. **Aquí, el 25N obliga a dar un paso más: incorporar el feminicidio emocional en el diagnóstico público.** Antes, y muchas veces en lugar del golpe, está el desgaste continuo: críticas, burlas, aislamiento, control del dinero, vigilancia digital, exigencias y sabotajes que reducen la autonomía y encapsulan a las mujeres en relaciones de riesgo. **Nombrar el feminicidio emocional es condición para prevenir a tiempo la escalada hacia daños físicos o letales y para orientar los servicios de atención con instrumentos que identifiquen señales tempranas.**

Autonomía y empoderamiento

El aprendizaje acumulado señala que cada política que busca empoderar económicamente a las mujeres puede modificar determinantes de la violencia. En ocasiones reduce la violencia al interior de una pareja mediante mayores ingresos, redes de apoyo y poder de decisión; en otras, como señalan los estudios mencionados, si no se cuidan integralmente el entorno y la transición, puede incrementar el riesgo inmediato por la reacción de la pareja. La respuesta eficaz



requiere comprender los determinantes económicos, psicológicos y comunitarios y diseñar intervenciones que reduzcan la probabilidad de respuesta violenta, identificando a mujeres con alto riesgo y estableciendo protecciones específicas durante el cambio.

Desde el África subsahariana, un conjunto de recomendaciones formuladas por investigadoras se repite: fortalecer las protecciones legales, promover el empoderamiento económico y social e implementar programas educativos comunitarios dirigidos a las parejas para reducir la violencia doméstica. No se trata solo de ingresos; sino de normas, contratos y redes que sostengan el cambio. En el entorno digital, esto se traduce en alfabetización, protocolos contra el acoso, rutas de denuncia y respuestas verificables por parte de las plataformas, para que el empoderamiento no implique una exposición a nuevas violencias en línea.

Existen además evidencias programáticas que permiten ser optimistas. En Bolivia, un estudio del Trinity College de Dublín y de la Universidad Bocconi de Italia, examinó cómo un programa de empoderamiento juvenil que combinó habilidades blandas y técnicas, educación sexual, mentorías y apoyo para la búsqueda de empleo redujo la violencia contra adolescentes reportada durante el confinamiento por la pandemia de Covid-19. Siete meses después, los ingresos de las jóvenes aumentaron y hay indicios de que este incremento formó parte del mecanismo que redujo la violencia. La lección es nítida: cuando el ingreso camina junto con habilidades, redes y educación sexual, la autonomía se traduce en seguridad. En Sudáfrica, un grupo de investigación de la Universidad del Witwatersrand y de la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres, halló que las intervenciones de desarrollo social y económico pueden modificar entornos de riesgo no solo para la violencia al interior de una pareja, sino también para el VIH, lo que sugiere beneficios múltiples cuando se actúa de forma integral en pobreza, salud y género.



A la luz del 25N y de los 16 días de activismo, Ola Violeta propone integrar un enfoque de trabajo tanto en territorio como en plataformas. La prioridad es asegurar ingreso propio con protecciones —empleo y crédito a nombre de las mujeres, acompañamiento psicosocial y redes de apoyo—; establecer contratos y reglas claras en el trabajo, también en cadenas globales, con políticas contra el acoso, con capacitaciones, canales seguros de denuncia y sanciones efectivas; promover educación comunitaria para parejas y familias que desactive la amenaza al estatus a través de corresponsabilidad, gestión del estrés económico y resolución no violenta de conflictos; fortalecer la prevención digital con alfabetización, seguridad en redes, resguardo de datos e imágenes, y protocolos ante acoso, extorsión o vigilancia tecnológica; **incorporar el feminicidio emocional en la agenda pública**, y articular derivaciones a servicios con acompañamiento legal; y garantizar puertas de salida rápidas hacia refugios, transferencias de emergencia, asesoría jurídica y cuidados para hijas e hijos, con especial atención a mujeres migrantes y rurales.

Existen rutas probadas para reducir la prevalencia de las violencias contra las mujeres, para erradicarlas como nos convoca el 25N, los 16 días de activismo y la lucha por la igualdad sustantiva. De Kivu del Sur a Suecia, desde ángulos distintos, se observa que un incremento del poder económico femenino en relaciones desiguales puede detonar respuestas violentas si no existen protecciones e intervenciones integrales. En Australia, la pobreza no solo vacía el bolsillo, sino que también tensa las relaciones y facilita la violencia. En Bolivia y en Sudáfrica, cuando el ingreso se combina con habilidades, educación sexual, mentorías y desarrollo social, la violencia disminuye y la salud mejora.

Este 25N, Ola Violeta se suma a los 16 días y al activismo permanente necesario, con una convicción: acabar con la violencia digital no es un capítulo aparte, sino parte de la misma arquitectura de protección que necesitamos en el



trabajo, en la comunidad y en la intimidad. El mundo de la vida digital es territorio de acoso, vigilancia y extorsión, pero también puede convertirse en una infraestructura de apoyo para la denuncia, el acompañamiento, la educación y la sororidad.

Nuestro compromiso es integrar el feminicidio emocional en la conversación pública y en los protocolos de atención; defender el ingreso propio con redes y reglas que impidan su penalización como amenaza al estatus; trabajar con empresas, sindicatos y cadenas de valor para que el acoso deje de considerarse un asunto privado o inevitable; y cerrar las brechas digitales dotando de herramientas de autoprotección en línea. Los 16 días de activismo marcan un trayecto, pero la tarea es permanente. Si cambiamos los incentivos —en casa, en la empresa y en las plataformas—, la violencia deja de pagar y la autonomía se vuelve posible. Esa es la agenda: unir fuerzas para que ninguna mujer tenga que pagar, con su cuerpo, su silencio o su conexión, el precio de la desigualdad.

“Existen rutas probadas para reducir la prevalencia de las violencias contra las mujeres; para erradicarlas como nos convoca el 25N, los 16 días y el activismo permanente por la igualdad sustantiva”,

Dra. María Elena Esparza Guevara

Fundadora de Ola Violeta AC

©Todos los derechos reservados Ola Violeta AC